

considerable durante el siglo XVIII, su densidad fue muy inferior a la europea y, por lo tanto, no se produjo la misma presión demográfica. Tampoco descendió la edad en que las parejas contraían matrimonio, ya que ésta siempre fue muy temprana.

Otra diferencia es que en la Nueva España la producción industrial se dio principalmente en las grandes ciudades —México, Puebla, Querétaro, San Miguel el Grande y Antequera— y no en el campo, tal y como sucedió en Europa. Finalmente, los productos industriales novohispanos estaban dedicados al mercado interno, mientras que la producción europea estaba destinada en gran medida al comercio internacional.

En conclusión, el trabajo de Gerst constituye un intento interesante para entender el desarrollo de nuestro país, en una época en la que se sentaron las bases de su economía.

Gisela von WOBESER
*Instituto de Investigaciones
Históricas, UNAM*

Alfonso MARTÍNEZ ROSALES (comp.): *Francisco Xavier Clavigero en la Ilustración mexicana, 1731-1787*. Prólogo de Antonio Gómez Robledo. México, El Colegio de México, 1988, 91 pp.

Cinco trabajos integran este librito debidamente presentado por don Antonio Gómez Robledo, quien prepara al lector para adentrarse en lo que serán sendos tratamientos de aspectos de la rica obra del célebre historiador jesuita. Abre el volumen Dorothy Tanck de Estrada, con "Clavigero: defensor de los idiomas indígenas frente al desprecio europeo". Prosigue el padre jesuita y tocayo de Clavigero, Francisco Xavier Cacho, quien se refiere a Clavigero como jesuita. A continuación viene el trabajo debido a la inteligencia de Elías Trabulse, titulado "Clavigero, historiador de la Ilustración mexicana" y que ya nos resultaba conocido por haber servido de introducción a una bella edición de la *Vida de Clavigero* por el padre Félix de Sebastián. Toca su turno al compilador de los trabajos, Alfonso Martínez Rosales, quien diserta sobre "La cultura italo-mexicana de los jesuitas expulsados". Cierra el volumen un virtuoso: Luis González, con el texto "Un mexicano en Europa", excelente síntesis de cuanto atañe a Clavigero en la historia de la historia mexicana. En suma, cinco trabajos y un prólogo debidos a entusiastas lectores de un gran historiador, quien

al cumplir dos siglos de haber abandonado el mundo, recibió lo que ahora se publica como homenaje a su memoria en forma de conferencias, impartidas en la sede de la propia casa editora.

Estos estudios no serán reseñados en el orden en que se le dan al lector, que es el señalado en el párrafo que antecede, sino más bien por un orden de interés preferencial de este reseñista.

El trabajo de Alfonso Martínez Rosales es una erudita invitación al estudio de un intercambio cultural. Según lo muestra, no fueron pocos los jesuitas que llegaron a la Nueva España procedentes de Italia, los cuales obviamente traían consigo el bagaje cultural que les daba su nacimiento en el viejo continente. Martínez hace un censo pormenorizado de miembros de la Compañía que se postraron ante el altar de San Ignacio en el *Gesú* antes de atravesar el Atlántico en viaje de venida. Asimismo, el autor reflexiona sobre la absorción de la cultura italiana de parte de los jesuitas que hicieron el viaje de ida y que pasaron en promedio unos veinte años en Italia y que, como hombres ilustrados que eran, no pudieron permanecer ajenos a la influencia de la cultura italiana. Hay casos evidentes, como el de Pedro José Márquez, cuya obra se enriqueció de manera amplia por el hecho de absorber el mundo del imperio romano cuyas ruinas contemplaron sus ojos. Acaso el texto de Martínez peca de permanecer en el umbral y no penetrar de lleno en la cultura italiana de la época en que llegaron a la Península los expulsados. No obstante, su incitación es más que pertinente y su inventario riquísimo.

Dorothy Tanck, por su parte, estudia el espíritu con el cual el aguerrido Clavigero defendió las lenguas indígenas en general y el náhuatl en particular, de los consabidos ataques del tristemente célebre Cornelius de Pauw y otros, contra el lenguaje aborigen de América. Es particularmente citable la opinión de La Condamine, a quien Clavigero refutó con conocimiento de causa dejando al francés sin argumentos válidos. La doctora Tanck hace un breve y conciso análisis de la aportación lingüística de Clavigero, apoyada tanto en las *Reglas de la lengua mexicana* como en la *Historia antigua de México*. El conocimiento que tuvo el padre veracruzano del náhuatl era una sólida carta credencial para emprender esa defensa.

Un Clavigero íntimo es el que da Xavier Cacho. Su artículo "Francisco Xavier Clavigero, S.J.", es una aproximación desde dentro, aunque doscientos años después, de un miembro de la Compañía de Jesús por otro. Cacho polemiza contra la decisión de Carlos III de enviar fuera de sus dominios a los padres jesuitas y aquilata las consecuencias, a la vez que penetra en la vivencia

clavigeriana de todo el proceso, es decir, desde la vocación hasta el destierro, lapso largo, más que suficiente para medir el temple de los hombres educados en la Regla de San Ignacio. Éste es un trabajo notable, certeramente calificado de homilía por el protagonista Antonio Gómez Robledo.

Luis González y su sabroso estilo dan lugar a una semblanza del Clavigero preinsurgente. Por una parte, pasa revista a la vista "clavigerología" que ha ocupado a muy buenas plumas nacionales y extranjeras: Villoro, León-Portilla, Aguirre Beltrán, Pacheco, Ronan, Le Riverend, Gerbi, Cuevas. Más adelante, Luis González penetra en detalles de la disputa del Nuevo Mundo, dentro de la cual el lugar de Clavigero no es menor. Ya antes el autor había seguido la trayectoria móvil del jesuita en la Nueva España, que parte del Veracruz natal y pasa por Tepotzotlán, México, Puebla, Valladolid y Guadalajara, al menos. Esta semblanza es redonda y ligera, y permite al lector captar cómo el sentido nacionalista y americanista de su obra, lo apasionado de su defensa es, en efecto, un motivo de exacerbación de los ánimos preindependientes.

Para concluir, el artículo de Trabulse merece una atención muy particular. Representa una nueva lectura de Clavigero que ofrece ángulos que antes no se habían destacado. Apoyado en las ideas de uno de los más grandes historiadores contemporáneos, el recientemente desaparecido Arnaldo Momigliano, Trabulse penetra en la lectura italiana absorbida por Clavigero como un elemento decisivo y distintivo de su pensamiento histórico e historiográfico. A menudo se ha discutido la Ilustración mexicana expresada por los jesuitas, alejados de modelos ilustrados como los de Voltaire. Una clave posible es la cultura italiana y, dentro de ella, el desarrollo del viquianismo. Ciertamente los cultivadores de esta corriente y lectores de Vico llegamos a ver viquianismo en las obras más insospechadas. Pero su carácter es de tal manera universal, como queda manifiesto en los trabajos que integran el volumen *Vico y el pensamiento contemporáneo*, compilado por Tagliacozzo, Mooney y Verene, que es sumamente probable que Clavigero haya absorbido el viquianismo de la segunda mitad del siglo XVIII. Esto es menos evidente en rasgos tales como la adopción del *corso e ricorso* como elemento dinámico de la historia. En cambio, es probable que Clavigero haya tomado las aportaciones viquianas relativas a la historia de la cultura así como a la historia antigua de México como un proceso naturalmente necesario, es decir, como una historia que tuvo que pasar y pasó por designio providencial.

En suma, gracias a Vico, Clavijero pudo hacer a un lado la carga agustiniana que pesó tanto en la historiografía novohispana, sin romper con la ortodoxia católica. Las claves que da Momigliano en distintos textos que maneja Trabulse resultan excelentes para establecer el nexo del mexicano con las ideas del napolitano. Con ello se matiza el carácter ilustrado de la obra clavigeriana, además de los múltiples elementos que otros autores han señalado desde hace varias décadas. La aportación de Trabulse es novedosa, porque ofrece nuevas luces para la comprensión de Clavigero y porque induce a un conocimiento mejor y más cabal de la trayectoria viquiana, asunto del cual se conoce muy poco en nuestro medio.

Este rasgo, para mí el más interesante, es uno de los varios que destaca Elías Trabulse en su texto. Lo subrayo porque creo que hay en la historiografía del final novohispano dos viquianismos: el tomado indirectamente vía Lorenzo Boturini, y el bebido directamente en las fuentes italianas por los jesuitas expulsados que enriquecieron su cultura y la nuestra con su exilio italiano.

Álvaro MATUTE

*Instituto de Investigaciones
Históricas, UNAM*

Alberto SOBERANIS, Andrés RESÉNDIZ y Miguel Ángel VÁZQUEZ:
La industria textil en México, 1840-1900. Prólogo de Gilbert M. Joseph. México, Celanese Mexicana, 1988, 165 pp.

La historia de la industria textil en México ha avanzado a pasos lentos, razón por la cual todavía hoy en día sólo conocemos algunas de sus facetas más sobresalientes. Curiosamente, los pioneros en este campo de investigación fueron dos estudiosos norteamericanos, Robert Potash y Dawn Keremetsis, cuyas monografías sobre la industria textil en el siglo XIX siguen siendo obras de consulta obligadas. Más recientemente, varios investigadores han ampliado el horizonte de conocimientos sobre los antecedentes coloniales de la manufactura textil; nos referimos, concretamente a los trabajos sobre obrajes que han realizado autores como Richard Salvucci, John Super y Manuel Miño. Por otra parte, en lo que se refiere a la industria textil en el siglo XX, es menester tener en cuenta los estudios recientes sobre empresarios textiles realizados por Leticia Gamboa y Mario Ramírez Rancaño, entre otros.

El libro que hoy reseñamos, redactado por Alberto Soberanis